



La Integración Económica y el Panorama Político de Centroamérica

Por Lic. MARIO MONTEFORTE TOLEDO.*

Este estudio se concreta a un breve resumen de antecedentes, a los factores internos y externos que influyen en la vida política, los grupos de distintas ideologías, la crisis política de la región con sus consecuencias inmediatas, las tendencias de los partidos y la integración centroamericana como marco y estímulo para futuros cambios.

El enfoque es materialista histórico; tal es el carácter, el límite de mi trabajo.

Antecedentes

La independencia con respecto a España a principios del siglo XIX no fue un cambio estructural de fondo en Centroamérica; la oligarquía criolla substituyó a la oligarquía española en el poder y en la posesión de los bienes principales, la naciente clase media se incorporó en mayor número a la admi-

* Mario Monteforte Toledo es Licenciado en Ciencias Políticas y Sociales; se graduó en la Universidad de San Carlos Borromeo, de Guatemala, y ha ampliado sus estudios de sociología política y economía en las Universidades de México y París.

Es Investigador Jefe en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, coordinador de estudios latinoamericanos y Profesor en esa misma Universidad, y autor de varios libros sobre Latinoamérica.

nistración pública y a las actividades económicas libres, los tributos que se pagaban a la metrópoli quedaron abolidos y el mercado de exportación se diversificó al manumitirse de la férula española; pero el régimen de la tierra continuó basado en el latifundio y la semiservidumbre del campesinado —con otros nombres y subterfugios legales— y el poder quedó en manos de las minorías.

La independencia, pues, no equivalió a una revolución social. Esta, que tuvo los alcances de una revolución burguesa semejante a la de los Estados Unidos y en particular a la de Francia, se desarrolló a lo largo de seis décadas de movimientos liberales que mantuvieron a la zona en constante agitación. Durante ese lapso, los sectores medios desplazaron a la oligarquía del poder real, se fomentó y multiplicó la propiedad privada —aun a costa de disolver las comunidades indias de origen prehispánico—, se expropió a la Iglesia Católica de sus inmensas pertenencias y se impuso la enseñanza laica, comenzó la construcción de las subestructuras económicas y la promoción de empresas agrícolas e industriales nuevas, y el ejército profesional, creado para reemplazar al clero como apoyo del gobierno, liquidó todos los focos subversivos conservadores. Los aspectos negativos de la reforma liberal fueron la conservación del latifundio y de la semiservidumbre en el campo, el desplazamiento de los ideólogos por los caudillos militares —germen de los dictadores actuales—, el establecimiento del imperialismo a partir de concesiones inequitativas al capital extranjero —que aún pesan sobre aquellos pueblos— y la prostitución del sistema democrático burgués que era indispensable para dar a la masa acceso al poder y a niveles de vida que hubiesen permitido el desarrollo capitalista moderno.

El liberalismo dejó una multitud de instituciones, todavía vigentes, mas en la práctica perdió su sentido progresista. Al finalizar la primera guerra mundial ya se había confundido con la vieja oligarquía conservadora en lo económico y lo social, aunque en lo político los dos grupos continuasen disputándose el gobierno.

Este frente de derecha se dispuso a luchar contra los movimientos populares que estaban insurgiendo inspirados por la Revolución Mexicana, la Revolución Soviética y en general, por la ideología socialista de líderes de la pequeña burguesía. Todavía frágil y amenazada por sus vecinos del Norte, la revolución mexicana no hizo esfuerzo alguno por extenderse hacia el Sur, donde las condiciones socioeconómicas eran las mismas para que su ejemplo hubiese cundido. La precariedad del movimiento socialista —que por esa época hizo avances considerables en el cono meridional del continente— se explica mejor por la escasez del proletariado urbano y el abismal atraso del sector campesino mayoritariamente indio. El factor decisivo para el estancamiento integral de Centroamérica en la década siguiente a la Primera Guerra Mundial, sin embargo, fue la intervención de los Estados Unidos, que de la contienda había salido como la primera potencia imperialista del mundo, con su autoconferido destino manifiesto de dominar al resto del hemisferio y de convertirlo en mercado y en productor de materias primas para sus industrias.

La debacle de 1929 y la sucesiva depresión mundial incidieron sobre todo en los sectores medios de Centroamérica, los cuales obtuvieron el apoyo

de parte de las masas para la toma del poder y el cambio de las bases económicas que pesaban sobre aquellas sociedades. Pero estos brotes izquierdistas fueron aplastados sin misericordia por las dictaduras, que del presidente Franklin D. Roosevelt copiaron sólo las reelecciones y de Hitler y Mussolini casi todo lo demás. El gobierno de Washington les prestó ayuda, a cambio de que velaran por las concesiones norteamericanas —amenazadas por el creciente nacionalismo— y las ampliaron con los mismos vicios que traían desde el siglo XIX. Los sangrientos autócratas militares Ubico de Guatemala, Hernández Martínez de El Salvador, Carias de Honduras y Somoza de Nicaragua, son producto de la década 1930-40. A las izquierdas se les persiguió primero como comunistas y a medida que los intereses norteamericanos chocaban contra los del Eje, como nazis. En El Salvador, los finqueros y los militares aplastaron un levantamiento campesino en 1932, con saldo de 14,000 muertos en una semana.

Durante la segunda guerra mundial se estancó la vida política centroamericana. Los líderes marxistas convencieron a toda la izquierda de que el imperativo estratégico era la unificación de las fuerzas democráticas contra el fascismo; el divisionismo en España —cuya guerra civil tuvo gran repercusión emotiva en toda Latinoamérica— les servía de ejemplo. El cierre de la comunicación con Europa y la canalización de las fábricas yanquis para el esfuerzo de guerra, estimularon el nacimiento de nuevas industrias locales; mas los obreros y los campesinos proletarizados pospusieron todas sus reivindicaciones en aras de la cruzada democrática, e igual renuncia hicieron los partidos.

A medida que se acercaba la victoria, las grandes potencias occidentales redoblaron sus esfuerzos para que se olvidara el vasto compromiso que habían contraído con los pueblos esclavos al proclamar las Cuatro Libertades; pero ya era tarde. De 1944 en adelante se produjo una serie de movimientos pluriclassistas, con tendencias nacionalistas y algunos tintes socialistas, que depusieron violentamente a todos los dictadores —salvo Somoza, de Nicaragua—. Su éxito se debió a la emergencia de una conciencia de clase y de modo colateral, a que la URSS y los imperios capitalistas aún no trasladaban sus pugnas al campo de las zonas de influencia y a que los Estados Unidos aún no tomaban a todos los grupos progresistas como filiales de Moscú.

En el siguiente decenio prospera la llamada revolución guatemalteca, que en realidad no pasó de ser un movimiento burgués, aunque decididamente reformista. Los partidos de izquierda, incluso los comunistas, se organizaron libremente; por primera vez en la historia del país, las masas participaron de manera efectiva en la política y estallaron las primeras huelgas; los militares fueron supeditados al poder civil y las derechas fueron desalojadas del gobierno. El coronel Jacobo Arbenz, electo después del presidente doctor Juan José Arévalo —filósofo espiritualista—, radicalizó aún más la administración, decretando la Ley de Reforma Agraria, la expropiación de latifundios yanquis y la revisión de las viejas concesiones de servicios públicos.

Estos sorprendentes cambios tuvieron inmediata repercusión en el resto de Centroamérica, donde también comenzaron a democratizarse las instituciones. La consigna de la liberación nacional y del progreso integral se propagaba, especialmente en la zona del Caribe.

En Washington, los gobernantes Republicanos se dieron cuenta del “peligro” y organizaron una gigantesca campaña para conjurarlo. La bandera fue el anticomunismo, que al principio tuvo como fin aislar a la URSS; después, extirpar al partido comunista; seguidamente se enfrentó también a los partidos de tendencias izquierdistas y nacionalistas que habían surgido durante el quinquenio anterior; finalmente, el anticomunismo fue —y todavía lo es— una justificación de la lucha contra todo aquello que perjudica los intereses norteamericanos y de la derecha en general.

La maleable consigna otorgó a la reacción la ideología que le faltaba desde el hundimiento de la reforma liberal y de la doctrina conservadora de la Iglesia.

Los hechos fueron ampliamente divulgados en todas partes. Los Estados Unidos, con la colaboración de un grupo de jóvenes reaccionarios, del arzobispado y de toda la derecha locales, hizo invadir a Guatemala y derrocó al gobierno de Arbenz. El ejército tomó su nivel, se alió al nuevo régimen y contribuyó decisivamente a la represión, hasta acabar con todas las organizaciones laborales y políticas existentes. Centenares de campesinos fueron masacrados y más de diez mil personas salieron al exilio. Lo demás es el curso normal de una contrarrevolución, que sirvió a la derecha para recuperar los privilegios cancelados por los dos gobiernos democráticos y hasta parte de los abolidos por la Reforma liberal.

La “gloriosa victoria” en Guatemala —así llamada por el canciller Foster Dulles, su principal artífice— tuvo reacción en cadena a través de la América Latina. Las izquierdas y los movimientos obreros se replegaron. Uno a uno fueron cayendo los gobiernos democráticos bajo cuartelazos militares. Desde otro punto de vista, es entonces cuando se multiplica el sentimiento antiyanqui entre los sectores populares e intelectuales, ya no como cuestión teórica sino con la visión racional de lo que significa el imperialismo para la aspiración de progreso integral de los países subdesarrollados.

Cinco hechos marcan el punto crítico de regresión de la política anticomunista: los asesinatos de los dictadores Castillo Armas (Guatemala) y Somoza (Nicaragua), la muerte de Foster Dulles, el descubrimiento de la bomba atómica por la URSS y el apaciguamiento de la China comunista por la Gran Bretaña. El triunfo de la revolución cubana en 1959 la hizo virar hacia un nuevo rumbo: la búsqueda de grupos burgueses organizados en partidos centristas capaces de mantener el orden, promover un desarrollo capitalista moderno y demostrar a las masas que el reformismo les es más provechoso que la revolución. Tratando de dar un contenido positivo a su nueva política, los Estados Unidos lanzaron el plan de la Alianza para el Progreso y favorecieron los movimientos de integración regional latinoamericana, a los cuales hasta entonces se habían opuesto.

Este esquema de la nueva política continental norteamericana durante el último quinquenio está plagado de puntos flacos y de contradicciones que dificultan su éxito. Si como sistema de gobierno implica un rompimiento con la derecha extrema, se debe al rotundo fracaso de los grupos militares para administrar la implantación del capitalismo, porque tales grupos están muy

vinculados a los intereses semif feudales y adversos a modificar las viejas estructuras socioeconómicas. Por otra parte, el capitalismo moderno sólo puede crecer dentro de regímenes democrático burgueses que practiquen también las libertades políticas, los derechos individuales; la premisa es imposible en Centroamérica porque las grandes mayorías de la población, invariablemente proclives a las ideologías de izquierda, ganarían todas las elecciones. Finalmente, las reformas tributarias, crediticias y agrarias que exige la Alianza para el Progreso, presuponen inevitablemente un Estado fuerte y nacionalista, y una revisión profunda de las concesiones norteamericanas. Hasta hoy, pues, los Estados Unidos no han encontrado más fórmula para que marche su nueva política que incrementar el sostenimiento de las fuerzas armadas e imponer gobiernos adictos a ellos, antes de que empiecen o terminen los procesos electorales.

El cuadro de los antecedentes de la vida política centroamericana puede resumirse así:

1.—La independencia no se resolvió en una condición para la plena realización de las nacionalidades y del desarrollo racional, porque los sectores minoritarios siguieron gobernando y porque el imperialismo español fue reemplazado sucesivamente por el inglés, el alemán y por último el yanqui;

2.—Las dictaduras deprimieron la vida política y evitaron la participación de las mayorías en el proceso de cambio;

3.—Liberales y conservadores monopolizaron la lucha política a lo largo del siglo XIX y después de la primera guerra mundial, los primeros ya habían perdido su signo progresista y ambos se fundieron en un frente de derecha con idénticos intereses;

4.—La depresión que siguió a la crisis del 29 no pudo resolverse en cambios revolucionarios porque las dictaduras militares primero, y después la postergación de los intereses de clases en aras de la lucha mundial contra el fascismo, castró la actuación de las izquierdas hasta finales de la segunda guerra mundial;

5.—Los partidos populares tomaron el gobierno hacia 1944 catalizados por una ideología nacionalista, antifeudal y reformadora, y lo perdieron por los diversos factores que impedían la radicalización de sus programas, por la traición de los ejércitos y por la intervención extranjera;

6.—De este fracaso, las derechas salieron fortalecidas en todos los órdenes, incluso el ideológico —al adoptar como bandera el anticomunismo—, y las izquierdas debilitadas por la represión y divididas por diferencias de programas y por acusaciones recíprocas en cuanto a la responsabilidad de la derrota;

7.—Después del triunfo de la revolución cubana y para contrarrestar su expansión en el continente, los yanquis crearon una nueva política, centrista y reformadora, y siguen tratando de instaurar un capitalismo liberal sin democracia política;

8.—Por último la política intervencionista de los Estados Unidos en la

última década radicaliza a las izquierdas, compacta a los sectores moderados de tendencias nacionalistas y hace incidir en el imperialismo y en los militares a su servicio la responsabilidad mayor por los males del sistema socio-económico.

El marco socio-histórico

Centroamérica es una región extremadamente compleja, no sólo por las diferencias sociológicas entre sus seis países sino porque en cada uno de ellos coexisten estructuras prehispánicas, coloniales, liberales y capitalistas con igual vigencia.

Guatemala es la menos integrada de las nacionalidades, con 53% de indios, cincuenta lenguas distintas y por lo menos tres zonas geográficas poco interdependientes: la selva del Norte, la angosta y rica faja costera del Sur y el altiplano central, donde están las ciudades principales. Es también la que más aguda y extensamente sufre los males del desarrollo desigual y combinado, con la oligarquía tradicional y el grupo capitalista más fuertes, el proletariado urbano más numeroso, las condiciones rurales más atrasadas y al mismo tiempo, la industria más desarrollada y la ciudadanía mejor politizada. Es también la que ha tenido más largas dictaduras y el único régimen revolucionario, que duró diez años.

El Salvador es uno de los países más pequeños y poblados de América, con una población casi totalmente mestiza y la mayor homogeneidad geográfica. Las condiciones de explotación de la tierra son más capitalistas que semifeudales, por lo cual el proletariado rural es abundante. La clase alta posee la mayor concentración de la riqueza del continente; pero se parece más a un grupo de empresarios que a una oligarquía tradicional; la agresividad en la iniciativa de esta clase, la estrechez del espacio vital y la superpoblación hacen de El Salvador el más expansivo de los países centroamericanos (*).

Honduras es el más atrasado y despoblado del grupo. La United Fruit Company y otras empresas norteamericanas dominan la política nacional a través de sus bien explotadas posesiones agrícolas e industriales de la costa Norte; el resto del territorio está progresando rápidamente desde su agudo atraso. El grupo empresarial criollo es muy reducido y proporcionalmente menos rico que en los países vecinos. La presión para reformas agrarias es débil, por la abundancia de tierras. En realidad, la vida política, económica y cultural se circunscribe a las pocas ciudades.

Nicaragua es el país más extenso y acaso el más rico en tierras de cultivo. La principal unidad empresarial es la familia Somoza, gobernante desde hace casi cuarenta años y dueña de la mayoría de los negocios. La agricultura se halla bastante modernizada y los salarios rurales figuran entre los más altos del istmo. La vida política está enajenada al poder, cuyo partido gana todas las elecciones por falta de cohesión y de programas de la oposición. El mestizaje negro es elevado en las costas, así como en el Norte de Honduras. Buena parte del territorio nicaragüense es selvático y se encuentra apenas explotado.

(*) El autor plantea la conveniencia de revisar el concepto de "los catorce", como grupo.

Costa Rica es, en todos sentidos, el más equilibrado de los países centroamericanos. La tierra se halla bastante bien repartida, la población es predominantemente blanca y casi totalmente alfabetizada, y el grupo social que vive de actividades independientes es muy crecido. Costa Rica ha sufrido muy pocos trastornos violentos a lo largo de su historia, y casi ninguna dictadura. Se enorgullece de poseer más maestros que soldados y policías. La prominencia cultural y la conciencia de sus instituciones democráticas han inculcado en los costarricenses un sentimiento separatista y aislacionista, como defensa contra la contaminación de las dictaduras y agitaciones de sus vecinos; hoy, sin embargo, las tendencias unificadoras y el dinamismo económico en el resto de Centroamérica, han demostrado a los costarricenses las desventajas de su anacrónica actitud, aunque sin modificar su temperamento pequeño burgués y conservador.

Panamá surgió a la vida independiente partida por el canal, supeditada a los intereses norteamericanos y segregada por esos mismos intereses de Colombia y de Centroamérica. Una pequeña minoría blanca, especuladora y comerciante, domina a una vasta cantidad de mulatos y a unos cuantos millares de indios, y sus familias se turnan en el gobierno; como es natural, la izquierda panameña es la más antiyanqui del mundo y una de las más radicalizadas de Centroamérica, mas vive convertida en una masa en permanente y baldía oposición, deprimida por la seguridad de que los yanquis nunca le permitirían llegar al poder. La principal actividad económica es el comercio en torno al canal; la agricultura es precaria, salvo en las plantaciones de banano de la United Fruit Company

Los militares gobiernan directamente en El Salvador, Honduras y Nicaragua, y son el grupo de presión decisivo en los otros países. El clero goza de gran poder en Guatemala, El Salvador y Costa Rica. La composición social del istmo puede cuantificarse aproximadamente y en promedio así: menos del 1½%, clase alta; alrededor de 16%, clase media y alrededor de 82%, clase popular; la clase media es proporcionalmente mayor —y por su orden de importancia— en Costa Rica, Guatemala y El Salvador. El desarrollo económico ha tenido un índice anual de poco más del 4% como promedio en el último quinquenio; el índice de crecimiento demográfico fue de 3% en el mismo período. La industria se expande con rapidez y representa cada día mayor volumen de la producción y la exportación; este ritmo de desarrollo es más rápido en los lugares más atrasados: Honduras, Nicaragua y Panamá. El comercio interzonal ha aumentado en un 25% al año.

He creído indispensable esbozar este panorama de analogías y sobre todo de diferencias sociológicas entre los países del área, porque ellas se conjugan inevitablemente con la actitud nacional, y en particular de las clases y los grupos, con respecto a la integración regional.

La derecha

Las derechas centroamericanas están formadas por las oligarquías tradicionales, la nueva clase empresarial, los grandes comerciantes y buen número de los medianos, las fuerzas armadas, la gran prensa, las organizaciones patronales, los clubes sociales para ricos —que son políticamente activos—, la

Iglesia católica —como institución y por la mayoría de sus componentes—, las empresas norteamericanas, los intermediarios de grandes negocios, los financieros, grupos tradicionales de pequeños propietarios indios, grupos independientes de artesanos católicos, y profesionales supeditados a la clientela o a los intereses de la alta burguesía (1).

La cultura política y la conciencia de progreso integral de la nación en este sector son tan bajas como alerta es su capacidad para resolver sus contradicciones internas y para unificarse frente a sus enemigos. Esta regla es válida aun para las pugnas entre comerciantes y productores, civiles y militares, capital nacional y capital extranjero; ni siquiera los núcleos más progresistas descartan sus intereses de clase para adherir a los programas reformistas y nacionalistas que les propone la izquierda que podríamos llamar moderada.

La fuerza de las circunstancias ha obligado a evolucionar a la oligarquía tradicional, que aún es la fracción más rica de la derecha; algunos ya aceptan la participación directa en el gobierno y los partidos, y muchos más, en las sociedades anónimas y las empresas manufactureras. Pero en general, se aferran a la economía parroquial, a métodos paternalistas de gobiernos de clase y a la alianza política con el clero. Los oligarcas se oponen al capitalismo moderno y las fórmulas de integración centroamericana, que sobre él están basadas. El motivo es que la integración impone a la larga una agricultura racional, para una organización racional del mercado común y en último extremo, para reformas agrarias que incrementen el poder de consumo de las masas campesinas —lastre aplastante del desarrollo, a sus niveles actuales.

Los comerciantes y los intermediarios tampoco ven con buenos ojos el integracionismo regional, cuyas principales operaciones son directas y compensatorias. Sin embargo, han adoptado nuevos métodos y se aprovechan del mercomún lo mejor que pueden, manejando productos nacionales favorecidos por el proteccionismo zonal.

Los financieros apoyan la integración en la medida en que van cediendo a ella los oligarcas depositantes de los bancos, y porque comprenden que los negocios centroamericanos son más amplios y sólidos que los locales, puesto que involucran a intereses mayores. Las industrias de integración exigen fuertes capitales y abren la puerta a los inversionistas extranjeros en las carteras de los bancos, lo cual significa la máxima garantía, a juicio de los capitalistas del istmo.

El motor de la integración, sin embargo, es el grupo empresarial moderno, o sea eso que la izquierda suele llamar capitalistas progresistas. Los industriales se dan cuenta de que para convertir a cada pequeño país en un mercado apetecible a plazo breve, precisaría la transformación de las estructuras por medio de revoluciones profundas que ningún sector de la derecha acepta. El integracionismo es un reactivo para esa transformación y los empresarios modernos calculan poder controlarlo en sus proyecciones locales en provecho de su clase.

Los empresarios norteamericanos —y los Estados Unidos en general—

(1) Para mayores detalles, véase *Villagrau Kramer, F* "Conflictos entre las derechas" en "Izquierdas y Derechas en Latinoamérica —sus conflictos", Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1968.

adversaron la integración mientras estuvo en manos de políticos nacionalistas y de los intelectuales de izquierda. Hoy la auspician y lucran con ella sin duda en mayor escala que otros sectores de la derecha, obteniendo categoría preferencial no sólo para sus nuevos negocios sino para algunas de sus antiguas concesiones. Además, explotan la apetencia de capital y el temor a luchas entre competidores, infiltrando dinero en negocios ya formados, hasta dominar mayoritariamente su cartera.

Muchos abogados, economistas y técnicos son integracionistas por la lógica razón de que los sectores patronales requieren sus servicios para dirigir científicamente el movimiento. La gran prensa, por su parte, refleja los puntos de vista de la clase alta y va compaginando hábilmente la presión de los oligarcas y la de los empresarios modernos, la del capital nacional y la del capital extranjero. Los estratos medios de la derecha no tienen clara noción de la unidad centroamericana, ni capacidad o espíritu de iniciativa para tomar ingerencia en ella, a no ser unos cuantos transportistas y comerciantes que circulan entre países limítrofes. La iglesia no se pronuncia en sentido alguno, seguramente porque de un lado se reconforta pensando que los promotores y rectores de la integración son sus aliados políticos, mientras que del otro se sonrean la marcha del capitalismo —que por naturaleza es liberal—, en cuya dirección se siente incapaz de participar.

Los militares, por último, tienen en sus manos el poder de decisión para evitar que el movimiento integrador adquiera contenido social y político, especialmente en lo que concierne a modificar las estructuras locales que sustentan a la clase gobernante; de ahí que los empresarios los consideren más indispensables que nunca. Los ejércitos se han acercado entre sí y tienen consejos de Defensa y algunos otros instrumentos correlativos de la unificación económica; la bandera, desde luego, es el anticomunismo.

EL centro

Los partidos de centro, como ya lo mencioné, están cobrando auge a la sombra de la Alianza para el Progreso y en vista del fracaso de los partidos de derecha y de los militares al gobernar directamente. Los forman los sectores medios de la escala social y económica, y los apoyan obreros y campesinos no sindicalizados. Su ideología es poco definida; de manera oportunista suele evolucionar rápidamente desde un reformismo moderado cuando buscan los votos de las masas en los períodos electorales, hasta un expediente de conciliación a la medida de los grandes intereses, cuando llegan al poder. Se caracterizan también por ser caudillistas —es decir, por organizarse en torno a personalidades— y por su astucia para maniobrar como minorías a cambio de posiciones y lucros personales. No obstante, los partidos de centro se hallan en una interesante hora de cambio y tal vez definan pronto sus programas, para adecuarse mejor como instrumentos de poder y de compaginación entre los intereses de los dos extremos.

Los partidos de centro carecen todavía de conciencia sobre la cuestión integracionista centroamericana y no se pronuncian sobre ella.

La izquierda

La izquierda está formada por la mayoría de los obreros, el proletariado rural, algunos grupos campesinos semidependientes, el estudiantado universitario en su gran parte, casi todos los escritores y artistas, profesionales de pequeños y medianos recursos, y buen número de gente del estrato social medio, particularmente la pequeña burguesía.

Es éste el sector politizado por excelencia y paradójicamente, el más dividido por motivos ideológicos (2). Los partidos y los grupos están acordes sobre algunos temas como el antiimperialismo, la necesidad de liberar a los pueblos como premisa de su desarrollo efectivo, y la conveniencia de liquidar las estructuras socioeconómicas actuales; pero divergen no sólo en matices sino hasta en conceptos de fondo sobre el contenido programático de una revolución y sobre la estrategia para llevarla a cabo. Este divisionismo resta efectividad a todo el sector, mina la fe de las masas —acosadas por urgencias maplazables— y anula la presión sobre la clase gobernante para que conceda a los partidos autorización legal y derecho a intervenir en los procesos electorales. Los comunistas son los mejores organizados; pero están en minoría dentro de la izquierda, por falta de conciencia de clase en el campesinado y por la excesiva enajenación del sector obrero. La ideología más extensa —aunque también la más diversificada— de la izquierda es la socialista, con tintes nacionales y reformadores, más que internacionalistas y revolucionarios. Casi todos los dirigentes de la izquierda pertenecen a la pequeña burguesía; en los últimos tiempos, sin embargo, comienzan a surgir líderes obreros y campesinos experimentados en la lucha clandestina. La izquierda sólo ha estado en el poder en Costa Rica y Guatemala, y como parte de alianzas gubernamentales; en toda la zona es ahora un grupo de presión muy activo, y una perspectiva hacia un futuro más o menos próximo, que depende menos de las circunstancias internas que de la correlación de fuerzas internacionales y del curso de desintegración del imperialismo norteamericano. Las intervenciones extranjeras, el éxito de la revolución cubana, la continua represión de parte de los ejércitos y la política y el empeoramiento gradual de los niveles de vida de las clases explotadas, han producido dos fenómenos: la radicalización de la izquierda y la disminución de sus posibilidades de tomar el poder a través de un proceso electoral.

La posición de la izquierda en torno a la integración centroamericana ha sufrido cambios notables desde 1954 a la fecha. En principio, fue favorable mientras los Estados Unidos la adversaron y se volvió adversa tan pronto estos invirtieron su actitud. El grupo más opuesto a la integración es el partido comunista, con el argumento de que fortalece por igual al capitalismo y a las oligarquías tradicionales, y de que sólo constituye un vehículo más cómodo para la penetración del imperialismo. Otros grupos de la izquierda, en cambio, defienden el programa integrativo no sólo porque socava las viejas estructuras socioeconómicas sino porque ofrece las anchas perspectivas para la unificación de los trabajadores y de los grupos progresistas en todo el istmo, además de crear condiciones para un complejo regional desarrollado y con

(2) Para mayores detalles, véase *Monteforte Toledo*, "Conflictos entre las izquierdas" en "Izquierdas y Derechas en Latinoamérica, —sus conflictos", Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1968.

mayores recursos para liberarse del imperialismo. La discusión está en pleno auge y contribuye a profundizar un análisis crítico de los actuales programas de integración, con el resultado de ganar adeptos entre elementos nacionalistas y evolucionados del centro y hasta de la derecha, a favor de aplicar y ensanchar aquellos programas con sentido de progreso y de justicia para todas las clases (3).

La crisis política

Las estructuras socioeconómicas de Centroamérica son inadecuadas para el desarrollo integral y las estructuras políticas son inadecuadas para conservarlas como están; la Alianza para el Progreso se propone una reforma estructural para afirmar el sistema capitalista moderno y la democracia burguesa, pero sin libertad sindical y política. Estos son los dos gérmenes de la crisis que hace del istmo una de las regiones más inestables del continente. El esquema no comprende a Costa Rica, la democracia rural y pequeño burguesa a que ya nos hemos referido.

Al hacer nugatorios los derechos sociales, los grupos gobernantes conculcan a diario la Carta de Derechos Humanos, ante la indiferencia de las Naciones Unidas, y lo que es más grave, edifican un tipo de progreso sobre la arena y fuerzan a las clases explotadas a recurrir a la violencia como única solución para sus males y sus aspiraciones.

Desde la invasión a Guatemala en 1954, en efecto, las elecciones periódicas que prescriben las leyes se han venido burlando en el istmo por el fraude o el cuartelazo militar. El fraude no radica tanto en el recuento de votos cuanto en la proscripción de los grupos opositores de izquierda con el pretexto de que son comunistas. En el remoto caso de que algún partido de centro gane las elecciones con los sufragios de las masas —privadas de organizaciones—, los militares condicionan la existencia del gobierno a una completa sujeción a los intereses de la minoría desplazada; acaba de ocurrir tal género de involución en Guatemala.

Estas condiciones para la vida política, difíciles de concebir en los países organizados, han abierto entre las izquierdas y aun entre los sectores medios un debate sobre la conveniencia de insistir en la vía legal o en recurrir a la violencia. Varios grupos de la izquierda —y no sólo los comunistas— sostienen la tesis de que participar en las elecciones, en las circunstancias predominantes, es “hacerle el juego a la reacción”, otros, cada vez más escasos, creen que la clandestinidad no es un método eficaz para el adiestramiento ideológico y la correcta politización de las masas, y que debe persistirse en el funcionamiento libre de los partidos.

Las sociedades centroamericanas son demográficamente muy jóvenes, y las juventudes ya no quieren esperar. Este factor humano, unido a todos los demás, orilla a la izquierda a la violencia. Brotes guerrilleros fueron sofocados en Honduras y Nicaragua; pero las guerrillas operan en Guatemala desde

(3) Véase para mayores datos la obra del Dr. Francisco Villagran Kramer, “Integración Económica Centroamericana —aspectos sociales y políticos—” Guatemala, Imprenta Universitaria, 1967 y las observaciones del autor de este artículo en “Conflictos entre las izquierdas” op. cit.

hace cuatro años, con creciente efectividad en la región montañosa del noreste y proyecciones terroristas en algunas ciudades, especialmente en la capital.

Los guerrilleros guatemaltecos están divididos ideológicamente entre comunistas —mayoritarios— y trotskistas, éstos últimos mezclados con marxistas de la línea de Peking. Los planteamientos de ambos grupos adolecen de un extremismo sin raíces dentro de la realidad socioeconómica del país, y de una orientación ilusoria y poco fundamentada en cuanto a los programas que la revolución pondría en vigor. Las oscuras discusiones teóricas que ventilan públicamente estos muchachos alzados en armas no contribuyen, por cierto, a iluminar el pensamiento de los trabajadores; a ello y a la irrealidad de los programas puede atribuirse que el movimiento guerrillero no se haya extendido por otras zonas rurales.

Sin embargo, mucha gente de la izquierda coopera con las guerrillas, conceptuándolas como el único núcleo que lucha con cierto impacto contra la dictadura imperante. A esta ayuda y al descontento multitudinario se debe que las poderosas fuerzas militares, asesoradas por técnicos norteamericanos, hayan fracasado contra la hostilidad rebelde en la ciudad y en el campo.

Los guerrilleros no podrían tomar el poder sino a plazo muy largo; así lo han comprendido ellos mismos, después de obnubilarse con el acelerado triunfo de la revolución cubana. Sin embargo, su aportación histórica es obvia hasta para sus acerbos críticos: en primer lugar, reforman las condiciones de vida en las zonas donde operan, convenciendo a los campesinos de las ventajas palpables de los métodos revolucionarios; en segundo lugar, prueban que es posible luchar contra los ejércitos centroamericanos y los desacreditan a los ojos de la clase gobernante como instrumento compulsivo de defensa institucional, y por último, inducen a los grupos evolucionados del centro y de la derecha a procurar que se canalicen el descontento y la actividad política por la vía legal.

* * *

Ante la magnitud de estos problemas, es explicable que falte clima propicio para un sereno debate sobre los programas que tienden a unificar Centroamérica. Las cosas no pueden seguir por mucho tiempo el curso que llevan. Es razonable esperar que pronto, todos los sectores podrán actuar libremente e influir sobre la política más adecuada para la integración de su zona, integración que no sólo constituye una necesidad práctica sino un imperativo histórico.

La alternativa es una revolución, con extremos de insospechada violencia.